

Nuestros orígenes



Las Terrazas del Manzanares

Vamos a comenzar nuestra aproximación histórica con un agradable paseo por la ribera del Manzanares. Estamos en la Pradera de San Isidro, lugar que durante siglos eligieron los madrileños para disfrutar de su ocio, y que en época más reciente un alcalde con vocación megalómana ha recuperado para todos los residentes en la capital. Pero ninguno de los inadvertidos visitantes que paseen una mañana de domingo por lo que se conoce como Madrid Río podría imaginarse que el terreno que hoy ocupan los agradables jardines que ocultan el controvertido soterramiento de la M-30 fuera hace miles de años el hábitat de especies tan ajenas a la realidad madrileña actual como el exótico elefante o el agresivo rinoceronte, o, menos aún, que en las aguas de nuestro río se diera sus baños de barro algún que otro hipopótamo despistado.

El hecho es que la zona próxima al cerro de San Isidro, en la actualidad ocupado por los jardines, la ermita y el cementerio del mismo nombre, se corresponde con el tramo central de las Terrazas del Manzanares, importante yacimiento paleontológico-arqueológico que ha resistido a duras penas la presión de la historia y del crecimiento de la ciudad, y cuyos restos hallados, hoy conservados en los almacenes del llamado Museo de los Orígenes o de San Isidro, y en parte expuestos, nos dejan con la boca abierta al intentar ubicarlos en la imagen del Madrid amable y cosmopolita del siglo XXI.

Porque nuestro Manzanares, nuestro «aprendiz de río», tan denostado y caricaturizado, puede presumir de haber acogido uno de los poblamientos paleolíticos más importantes de la península ibérica. Conviviendo con toros salvajes o uros, mamuts o caballos, los primeros pobladores desarrollaron una importante industria lítica a base de hachas, raederas o puntas de flecha que la suerte y el tiempo hicieron que se conservasen bajo

las arenas depositadas en las márgenes del río durante miles de años y que estudiosos como Casiano del Prado, Obermaier o Pérez de Barradas se molestaron en sacar a la luz en los albores del siglo XX. Más de ciento veinte yacimientos, desde la Casa de Campo hasta Perales del Río, en Getafe, o en la misma ciudad universitaria, en la orilla del arroyo Cantarranas, testimonian la vida nómada que se desarrolló desde hace más de doscientos mil años en estas terrazas, hoy ocupadas en gran medida por vías de circulación trascendentales para la capital, como son el paseo de las Delicias, la carretera de Andalucía o el paseo del Manzanares.

El nomadismo paleolítico dio paso a un sedentarismo más o menos estable del que quedan testimonios fechados en los periodos Neolítico, Eneolítico, Edad del Bronce o del Hierro, y distribuidos por lo que hoy es el cerro de Las Vistillas o Villaverde. Este poblamiento debió tener continuidad en el tiempo, ya que tenemos constancia de la existencia de villas romanas en la Casa de Campo, Villaverde y Carabanchel, en realidad pequeñas explotaciones agropecuarias que se situaban en las inmediaciones de la red viaria que en esta zona central de la Península permitía en época bajoimperial la comunicación entre las poblaciones que hoy conocemos como Segovia, Titulcia y Alcalá, en la influencia de la importante calzada Vía XXV, que unía las poblaciones de Emerita Augusta y Caesar Augusta, o lo que es lo mismo, Mérida y Zaragoza.

Son muchas las dudas que los estudiosos reconocen a la hora de aventurar un poblamiento estable altomedieval anterior a la invasión árabe, o sea, a la hora de insinuar la existencia de un Madrid visigodo. Pero no es imposible imaginar que los musulmanes que construyeron una fortaleza en el estratégico cerro rodeado de agrestes barrancos, desde el que se divisaban las montañas de la sierra



Nuevas Terrazas del Manzanares, ajardinadas dentro del proyecto conocido como Madrid Río, que nos transportan a lejanas épocas en las que la naturaleza primaba sobre la actividad humana.

cercana, y que sobre todo permitía el control de los accesos desde el sur, es decir, desde la histórica Toledo, se encontrarán en este lugar feraz, rodeado de vegetación y rico en corrientes de agua, una población autóctona adaptada a las favorables condiciones de vida que proporcionaba una agricultura de subsistencia, cómodamente instalada en el que se conocería como Vallejo de San Pedro, hoy calle de Segovia. La pequeña aldea se levantaría en la extensión del curso del arroyo que bajaba por dicha calle a reunirse en la vega con el río principal, después de recoger las aguas que surgirían libres desde diversas fuentes y manantiales localizados en ambas laderas de su trayecto, es decir, en los que en época cristiana se conocerán como cerros del Alcázar y de San Andrés.

Ricas vegas, abundantes cursos de agua, feraces huertas... ¿No suena todo esto un poco «a cuento»? Pues es un buen comienzo para lo que será nuestro «cuento madrileño», la historia de nuestra capital, la cual nos será relatada por sus monumentos, por los restos que nos quedan de las edificaciones con las que sus habitantes se iniciaban en sus escauceos democráticos o sus plegarias a Dios, con las que su nobleza manifestaba su poder o halagaba a la monarquía. Será por fin esta monarquía la que, reconocedora de sus ventajas y seducida por sus encantos, terminará «acaparando» la ciudad de Madrid para convertirla en capital de las Españas.

Cerro y ermita de San Isidro

(1752)

Este lugar en el que hoy podemos disfrutar del parque que rodea lo que se conoce como ermita del Santo, tan concurrido el 15 de mayo —y que deberíamos aprovechar para visitar en cualquier momento, al margen de las aglomeraciones—, fue en realidad un yacimiento paleontológico importante, cuyos restos se nos muestran en el Museo de los Orígenes o de San Isidro. En él se recogen restos animales y humanos de un periodo que va de los cuatrocientos mil a los nueve mil años de antigüedad, y se nos explican los cambios climatológicos y consecuentemente medioambientales y faunísticos que sufrió nuestra región durante ese periodo. En el mismo museo se exponen restos romanos y visigodos recogidos de algunas zonas de Madrid (Carabanchel, Getafe, Villaverde). Por su parte, el MAN (Museo Arqueológico Nacional) expone algunos objetos líticos o cerámicos que tienen como procedencia el mismo yacimiento del cerro de San Isidro.

En cuanto a la llamada ermita del Santo, se trata de una construcción datada en 1725 y financiada por el entonces virrey de Nueva España, Baltasar de Zúñiga, que se construyó en sustitución de la original, hecha edificar en 1528 por Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, junto al manantial milagroso que se supone que propició la curación de unas cuartanas al futuro Felipe II. Este lugar ya era venerado popularmente por sus propiedades excepcionales desde época remota, anterior desde luego a la construcción de la iglesia; uno de los milagros atribuidos al santo patrón le revelan creando este pozo, al clavar en el suelo su aguijada, con el fin de dar de beber a su amo Iván de Vargas una tarde de verano en la que ambos se encontraban labrando las tierras situadas en esta zona. La tradición de sus propiedades milagrosas llega hasta la actualidad, en la que ha tenido que asegurarse la potabilidad del agua, por motivos sanitarios, dada la cantidad de gente que se acerca a beber de su caudal.



Ermita de San Isidro, junto al cementerio del mismo nombre, núcleo simbólico de esta zona del primitivo Madrid.

El edificio responde a un barroco sencillo, de planta de salón y luminosa cúpula sobre pechinas en el interior, la cual se corresponde al exterior con una estructura octogonal

cubierta con pizarra. La fachada presenta una espadaña con campanas rematada con frontón triangular, tras un sencillo pórtico de acceso.

- (Parque de San Isidro)

Cuadro de Goya *La pradera de San Isidro*

(Francisco de Goya, 1788)

Es este un boceto destinado como otros a realizarse en tapiz para decorar el dormitorio de las infantas del Palacio Real de El Pardo. La dificultad que entrañaba para su ejecución la gran cantidad de figuras representadas hizo que no llegase a pasar de este estadio inicial. En él nos enseña Goya, de manera inusual, una vista de Madrid desde la ermita de San Isidro, el día de la romería del santo. Podemos ver al otro lado del río la cúpula de San Francisco el Grande, el entonces «nuevo Palacio Real», etc. Es curiosa la visión de los tres puentes que abarca la vista: en el centro, el de barcas, que se utilizaba para acceder a la ermita; a la derecha, que no se llega a recoger en la imagen, estaría el de Toledo; y a la izquierda, el de Segovia. Es una visión diferente de cómo los madrileños disfrutaban del Manzanares

antes de que se llevara a la práctica el proyecto Madrid Río.

La romería de San Isidro tiene un antiguo origen, de gran trayectoria en el tiempo, al que se asocia posteriormente una verbena, festejos populares ambos que, tras su decadencia posterior a la Guerra Civil, fueron recuperados a mediados del siglo xx. También en este momento se retoma la tradición de la bendición del agua milagrosa, con la salvedad de que la procedencia de la misma ya no es el manantial original, contaminado con las filtraciones del cementerio anexionado a la ermita desde 1811, sino el canal de Isabel II, a cuya acometida se conectó la fuente para evitar problemas sanitarios.

- (Museo del Prado: paseo del Prado, s/n; Sala de Goya)



La Pradera de San Isidro, según Goya, genial representación de lo que ha supuesto esta zona cercana al río Manzanares para los habitantes de la capital (Museo del Prado).

Griegos, dragones, osos: el escudo de Madrid

Y empezamos nuestro relato por los primeros cuentos que se contaron sobre Madrid. Los historiadores de los siglos XVI, XVII y XVIII no dudaron en inventarse orígenes un poco dudosos con tal de revestir a la capital de un halo de prestigio legendario. Jerónimo de Quintana, que consideraba poco serias las teorías que fechaban la fundación de la ciudad antes del diluvio universal (?), decidió que en realidad fue Ocno Bianor, hijo de la adivina Manto de Tebas y de Tiberino —que no se sabía si era un rey de Toscana o un río—, el que fundara la ciudad. Lo de Manto llevó a Mantua, Carpetana en este caso, para distinguirla de la italiana que también había fundado dicha señora. El posible origen griego quedaba reforzado por la aparición en Puerta Cerrada de un «espan- table y fiero dragón», según López de Hoyos, emblema indiscutible que usaban los helenos al fundar sus ciudades. Dragón o culebra, hoy el Museo de los Orígenes conserva una curiosa escultura que responde a esa idea original de fiera legendaria.

Menos legendaria sería la denominación de la ciudad como Ursaria, nombre dado por los romanos por ser esta tierra de osos. La constelación Osa Mayor siempre ha estado relacionada con Madrid. Y así lo quisieron recoger en el escudo, como después veremos, e incluso en la bandera en tiempos más recientes. De momento algunos se inventaron una teoría paralela que hacía proceder este nombre de Ursaria de la voz hebrea *ur*, que quiere decir «fuego», en referencia a la abundancia en el terreno de la piedra de pedernal o sílex.

Fuego y agua siempre han estado muy presentes en las teorías sobre el origen de Madrid. Así lo deja ver la leyenda «Fui sobre agua edificada, mis muros de piedra son, este es mi escudo y blasón» que recogía el primer emblema de Madrid, según el citado López de Hoyos, formado por una piedra de pedernal, a la que dos eslabones de hierro intentan

sacar chispas, y sumergida parcialmente en el líquido elemento. La importancia de las aguas subterráneas en el lugar donde Madrid fue edificada es una de las pocas realidades de todo este conjunto de teorías maravillosas. La realidad es que un terreno arenoso filtra adecuadamente todo el agua caída del cielo, que se conserva en el subsuelo gracias a una capa impermeable que regula el nivel freático, el cual se hace accesible por medio de numerosas fuentes y manantiales que de manera natural surgían en otros tiempos aprovechando cualquier desnivel. Este hecho sí parece tener relación con el origen del nombre de la ciudad, tanto mozárabe —arroyo matriz o *matrice*— como musulmán —*Mayrit*, del que se derivará el *Magerit* medieval—.

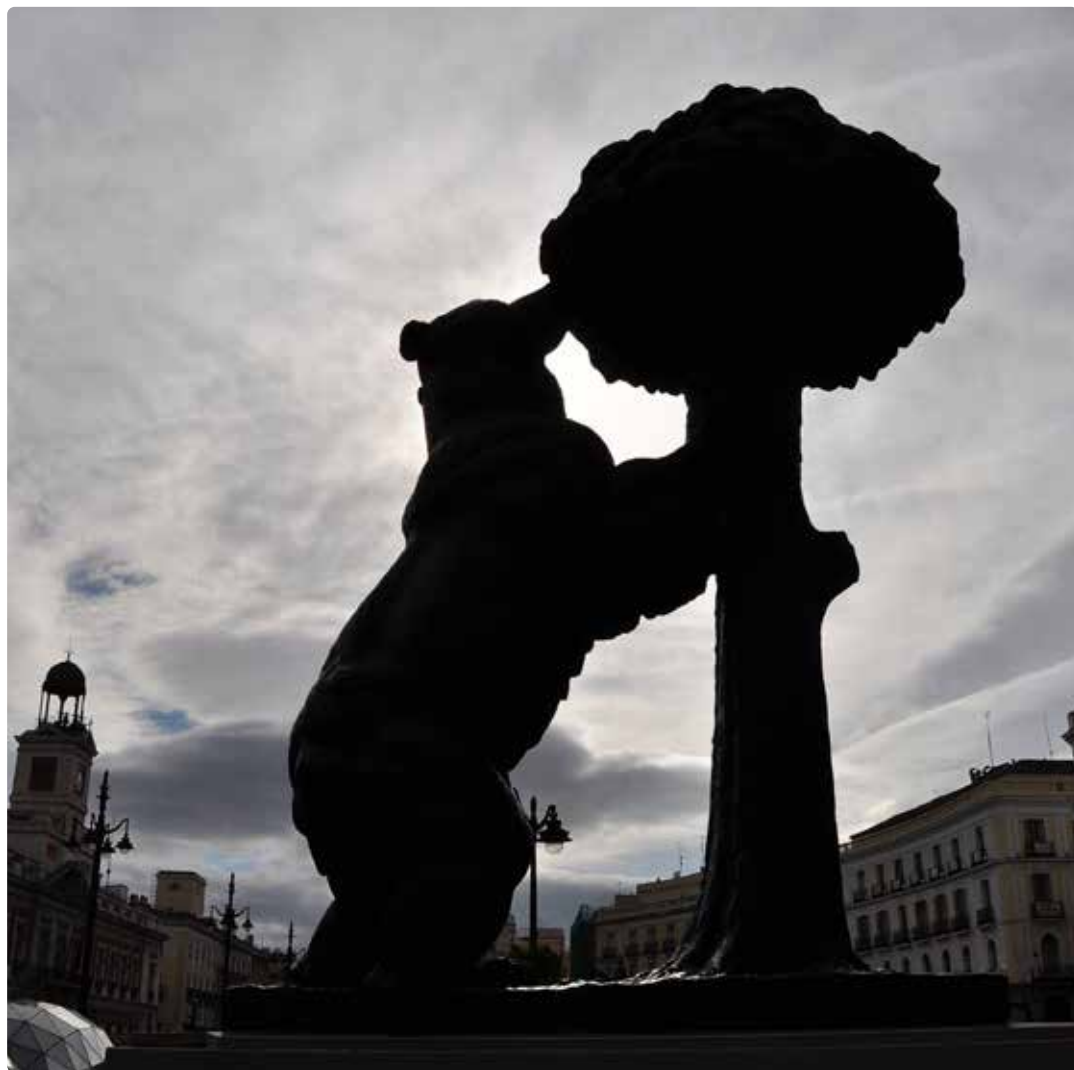
El escudo de Madrid siempre ha tenido como elemento principal un oso: en el primero que conocemos, anterior a 1212, ya que lo llevaron los madrileños a la batalla de las Navas de Tolosa, se representa en realidad una osa «pasante», es decir, a cuatro patas, con siete estrellas representando la Osa Mayor dentro de su cuerpo. Tras un pleito entre el cabildo y el concejo, se adopta por parte de este un escudo en el que aparece un oso —u osa— ahora de pie, apoyándose en un árbol, como significando que, si bien la propiedad de los pastos la detentaba el cabildo, la de los árboles, y consecuentemente la caza, era para el Concejo.

Se utiliza para representar dichos árboles un madroño, árbol muy beneficioso para curar determinadas enfermedades, entre ellas la peste, lo cual parece ser la causa de que se extinguieran prácticamente en nuestro suelo. Las siete estrellas representando la constelación se recogen ahora bordeando en orla la imagen central, y así continuarán apareciendo en las sucesivas representaciones del escudo, incluso cuando se inicie la idea de villa coronada por el emperador Carlos V, que incluye

una corona real que termina rematando por arriba el emblema.

Esta representación básica es la que se recogerá en 1967 cuando el pleno del Ayuntamiento apruebe la última revisión del escudo de la ciudad, desechando otros elementos que habían ido apareciendo en épocas posteriores,

como el famoso dragón alado y una corona cívica concedida por las cortes en 1822, situada en el extremo inferior. Ambos elementos terminarán desapareciendo al considerarse su «intrusismo», ajeno al originario espíritu del escudo de Madrid, desde antiguo la ciudad del Oso —¿u Osa?— y el Madroño.



Moderna escultura del Oso y el Madroño en la Puerta del Sol, representación actual del escudo de Madrid.